

FE Y POLITICA

Matilde Quarracino. Diputada de la Nación. (m.c.)

Abordar este tema desde lo teórico, me parece una tarea rica pero redundante por la cantidad de páginas que se han escrito, sobre todo a partir del Vaticano II y más aún de Medellín hasta la fecha, desde las ópticas más diversas y hasta contrapuestas.

Creo que puede servirles más a los lectores transmitir mi propia experiencia, que he tratado de evaluar constantemente a la luz de la Fe, con las confusiones, dudas y esperanzas que la vida política contiene. Entiendo que toda acción humana es política pero aquí me referiré a la actividad en el campo de las agrupaciones y metodologías que influyen directamente sobre la convivencia ciudadana.

Además, me resulta imposible vivir la Fe sin englobar lo político, no sólo por las razones antes expuestas sino porque la formación que recibí en mi familia y en las instituciones eclesiales desde mi infancia, me impiden creer en lo Trascendente como algo pasivo. Más bien me obligan a buscar la respuesta en la cotidianeidad de los hombres y mujeres que, aún sin saberlo hacen historia.

Pero no acepto que pueda identificarse la Fe con la opción política, (error que llevó a tremendas rupturas en la misma comunidad cristiana) porque ésta - la opción política - es contingente, opinable, incierta; no sólo depende de mi entendimiento y de mi voluntad sino de las circunstancias que viven los pueblos y cada ser humano en particular.

Necesidad y tentaciones del poder

Es una perogrullada hablar de lo imprescindible del poder si queremos cambiar las cosas que andan mal en la sociedad, aunque también pienso que las transformaciones radicales y durables se dan lentamente y gracias al testimonio de grupos militantes comprometidos, perseverantes y capaces de "enganchar" a la gente en los valores que sustentan.

Por otra parte, los sistemas y modelos que parecen imponerse en este momento, saben donde está el poder y como ejercerlo con grados de sutileza y contundencia que llevan a una manipulación fenomenal de la opinión pública. Y esto no se combate con voluntarismos.

Pero sería ingenuo pretender que la cercanía del poder no nos corromperá, y por algo, junto con las riquezas y la gloria, figura en el evangelio como una de las tentaciones de Cristo. No es fácil ni transparente moverse en un medio tan resbaladizo donde muchas veces resulta sumamente difícil aplicar los mandatos de la claridad: tener confianza en los otros puede significar una inocencia peligrosa para nuestro trabajo y para el que realizan los que nos acompañan y actuar con astucia puede derivar fácilmente en el oportunismo y el "vale todo". Son tantas las triquiñuelas que se usan y los sofismas que se invocan para conseguir decisiones políticas (que halaguen a los privilegiados de turno aunque destruyan el bien común) que no es fácil discernir que es lo más ético y realista en cada paso que damos.

He aquí el gran problema - el discernimiento cristiano - que es el meollo de la vida del creyente; y que tanto se ha analizado desde San Ignacio de Loyola hasta la fecha. Siempre repito que los cristianos sabemos a dónde queremos llegar pero no sabemos cómo hacerlo y por eso nos encontramos con las más contrapuestas posiciones políticas queriéndolas justificar con el Evangelio en la mano.

Hoy se da un hecho que no es nuevo para nosotros y menos para otros pueblos de América Latina: la participación de algunos sacerdotes en la política activa de partidos o de frentes. Quiero ser sincera y decir que no lo veo con entusiasmo, pero no por objeciones teóricas sino porque mi experiencia personal - tengo 63 años - me ha hecho desconfiar de las dificultades de esta inserción y de

sus consecuencias en el pueblo. No es un secreto que la formación de los clérigos y su desempeño en la comunidad creyente impulsa al liderazgo, a la influencia en las conciencias, a la falta de autocrítica; de ahí al "clericalismo" - progresista o reaccionario - hay poco trecho.

Tampoco podemos ignorar que la actividad política partidaria, como su nombre lo dice, divide. Nos convierte en amigos y adversarios de los otros. Aunque el mejor servicio que debe hacer un político y sobre todo si es creyente, es ser apóstol del diálogo, del acuerdo legítimo, del consenso. Pero esta es una tarea casi sobrehumana en un medio tan oscuro y resbaladizo.

Tampoco ignoro que el descrédito de los políticos profesionales es tal, que la confianza popular se deposita en los llamados referentes sociales, culturales y sobre todo religiosos. De modo que, representantes del mundo de los consagrados, podrían ser muy útiles a nuestra dolida Argentina si tienen bien claro las dificultades en que se introducen.

Estos problemas iguales al laico y al clero; siempre se encontrarán tironeados por exigencias arrolladoras frente a la necesidad de pasar en la vorágine, evaluar y decidir desde la serenidad.

Sin embargo y a pesar de los obstáculos expuestos, mi experiencia política siempre ha sido y es fascinante. El contacto con las necesidades humanas y la posibilidad de encontrar soluciones o caminos posibles (aunque muchas veces se fruste por ineptitud, estupidez o mezquindad y otras por decisiones del poder real al servicio de modelos perversos) es un desafío atrapante.

Ser cristiano actuante en las estructuras políticas no disminuye ni altera nuestra fe sino que es la expresión más acabada de la comunión con los demás seres humanos y las exigencias de compartir su itinerario.

Es necesario que los creyentes anunciemos, en medio de la angustia y las incertidumbres del mundo contemporáneo - no en el fin de la historia sino en el parto de otra época - como los ángeles a los discípulos buscadores, dónde se encuentra el Resucitado.